

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DÍAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

PANEGÍRICO

de San Alonso Rodríguez.

(Continuacion.)

Pero nunca brilló mas la fidelidad de Alonso, nunca se manifestó hasta el presente mas apto para la santidad y mas digno de los favores celestiales que cuando el Señor le privó á un tiempo de dos seres tan queridos como su mujer y su hija. Ni una murmuracion, ni una queja, ni un suspiro sale de su pecho contra la Providencia; antes bien bendice, á imitacion de Job, la mano que le hiere, y se aprovecha de tan rudo golpe para ofrecer á Dios su corazón atribulado, y disponer en él nuevas ascensiones hácia la cumbre de la santidad. La tribulacion, segun Isaias, da inteligencia al oido. El que no ha sido atribulado, ¿qué es lo que sabe?

La tribulacion comunica á las almas fieles una fuerza impulsiva, inmensa que las hace correr con gran velocidad por el camino de la virtud. *Multiplicatae sunt infirmitates eorum, postea acceleraverunt.* Alonso saca de la tribulacion dos consideraciones importantes, dos enseñanzas luminosas, dos convicciones profundas que le sirven como de alas para elevarse del cieno de las miserias humanas al cielo de las grandezas divinas, á saber; la caducidad y falacia de los bienes de esta vida y la estrecha cuenta que el hombre ha de dar de todas sus obras al eterno juez cuyos ojos descubren manchas hasta en el sol.

Illuminado con los rayos de esta doble consideracion y fortalecido con los divinos auxilios de la gracia, emprende con valerosa

decisión la vía purgativa; repasa en la amargura de su corazón todos los años de su vida, lava con una confesión general sus pecados, ora, ayuna, castiga su carne con crueles disciplinas, oprime todo su cuerpo con áspero cilicio, y se alimenta como David con el pan de las lágrimas, y la hiel de la amargura.

Preguntábase un día su gran maestro y protector S. Francisco de Asís ¿cómo se explica tanta amargura? ¿Por qué un llorar tan extraño? *¡Ay, Santo mío! responde Alonso; si un solo pecado venial merece ser llorado toda la vida ¿no queréis que yo llore?* Pero á medida que él se humillaba, Dios le ensalzaba; al paso que Alonso se complace en las asperezas, Dios le colma de remedios; al paso que él se desprecia á sí mismo, y se reputa ignorante, pecador y miserable, eleva Dios su alma á la celestial sabiduría, comunícale escritos importantes, y le dá á gustar suavísimos deleites en misteriosas visiones, arrobamientos frecuentes y dulcísimos éxtasis. La pasión y muerte del Salvador, los principales episodios del sangriento drama del Calvario, el corazón de Jesús traspasado de dolor y los dolores de María al pié de la Cruz eran el asunto predilecto de

sus fervorosas meditaciones. Y tanto progresó en esta meditación, que todo el drama de la pasión se presentaba á su vista con tan viva luz como si lo estuviese presenciando, y Dios le dispensó la gracia de que sintiese en sus miembros los dolores y tormentos que meditaba, quedándose como muerto, inclinada la cabeza, estendidos los brazos, descolorido el semblante, enagenados los sentidos á imagen y semejanza de Jesucristo crucificado. La gracia de sobrenaturales iluminaciones se derramó en su espíritu como sobre sugeto capaz de sus divinas operaciones, y á medida que se angustiaban los vasos de su carne se dilataban los espacios de su caridad. Pero ¿dónde está el lugar adecuado para su grande corazón, ávido de nuevas y más sublimes ascensiones? Alonso no cabe en el mundo, y pide como David alas como de paloma para volar á su nido y descansar en los átrios del Señor. Dios le oye, y aceptando el sacrificio de la única prenda que le restaba en el mundo, el sacrificio de su hijo, niño de tres años, que murió á los pocos días, infúndele el deseo de entrar en la Compañía de Jesús. Vencidas algunas dificultades, pudo lograr su deseo, y por su edad adelan-

tada, su falta de estudios, ó mejor, por su inclinación á lo mas vil y despreciable fué admitido en el humilde estado de hermano Coadjutor. Pero la gracia divina que obra en su alma, refléjase en su modestia encantadora, en su fervorosa y continua oración, en su amor al *Ama nesciri et pro nihilo reputavi*, en el profundo desprecio de sí mismo y en la aceptación voluntaria de todo abatimiento y de toda humillación. No hay virtud en que no se ejercite; no hay acto por repugnante y arduo que sea, que se le resista; no hay ocasión que no aproveche para atesorar merecimientos; no hay empleos, ni destinos que no desempeñe con sumo placer. Si sus virtudes le grangean la admiración universal, las luces que recibe del cielo le atraen las simpatías y el respeto de todos, aun de los mas sábios y virtuosos. Su estado no le permite enseñar en las cátedras, pero enseña como consumado catequista á los niños la doctrina y á los adultos el temor de Dios. No tiene asiento en las academias, pero con su oración eficaz obtiene para los profesores las luces del cielo; no puede predicar en los pulpitos, ni en las plazas, pero dirige á los predicadores, y les enseña la elocuencia del corazón.

No pronuncia discursos públicos, no es apóstol, ni ministro de la palabra divina, pero sus misiones alcanzan triunfos admirables, porque convierte con su ejemplo y arrastra con el poder de su santidad. No figura como escritor público en el mundo de la ciencia humana, pero es un teólogo místico de primer orden y sus escritos sobre el amor divino no tienen rival.

¡Admirables progresos! ¡Sublimes ascensiones! Pero aun no há llegado al término de su jornada. Alonso Rodríguez más avido de progresos sobrenaturales que Alejandro de materiales conquistas dice á cada virtud: *¡Más arriba! ¡más arriba!* Su anhelo era subir hácia Aquel que es la perfección misma. Ya llegó á la cima resplandeciente del monte santo; y ahora que domina los valles donde ruge la tempestad y se desata el rayo; ahora que tiene bajo sus pies las pasiones rebeldes y encadenadas las concupiscencias, cuando el heroísmo no le exige ya esfuerzos exclama: *Mihi adherere Deo banum est*. Bueno es para mí estar unido con un Dios y gozar de él. Alonso ha llegado al término de sus ascensiones! Está todo en Dios á quien se ha rendido y de quien se halla penetrado. Piensa en Dios, ama en

Dios, respira en Dios, vive en Dios, hecho un espíritu y una cosa con él. Su caridad perfecta santifica sus menores acciones, hasta los suspiros de su pecho, hasta los latidos de su corazón. No desea más que una cosa, que es verse libre de los lazos mortales de la carne que le impiden volar como la paloma á su nido al seno de Dios. En efecto, el postrer año de su vida, entrado ya en los ochenta años, lo pasó casi todo en la cama enfermo, y atormentado de grandes dolores con que el Señor quería purificar su grande alma como se purifica el oro en el crisol. Llegábase el momento de partir á la eternidad. Tres días antes de morir, cesaron de repente todos los dolores y apareció su rostro, blanco y luminoso como el de un ángel. Para conservar una imagen fiel del Santo portero, hizose venir á un pintor que sacó un vivo y perfecto retrato. Alonso estuvo tres días en dulcísimo raptó. Al entrar el día 4.º, víspera de todos los Santos despertó de aquél apacible sueño, pronunciando el nombre de Jesús, y de nuevo le acometieron los dolores. Esta postrera lucha duró media hora; abrió por fin los ojos que solía tener cerrados, dirigió alegre mirada á los padres que rodeaban

su lecho, fijó luego la vista en el Crucifijo que tenía en las manos inclinóse para besarle, y pronunciando con voz alta y prolongada el dulcísimo nombre de Jesús, volóse al cielo.

Z. M.

VARIEDADES.

Un manantial de dicha.

(Conclusion.)

Llegó el otoño, el séptimo que veía Juanito: fué frío y brumoso; las hojas caían anticipadamente de los árboles, impulsadas por el huracán que silbaba con violencia.

Marta, tristemente pensativa, observaba con terror á su pobre lisiado que se iba debilitando por momentos, las muletas abandonadas no podían sostener su débil cuerpo, y su tos seca, frecuente y prolongada, résonaba en su corazón como un eco de muerte.

Julian advirtió muy pronto la inquietud de su mujer, y afligido á su vez con un dolor sin esperanza, trataba de reanimarla en el alma de la desventurada madre.

Francisco y sus hermanos disimulaban también sus temores; pero todos interiormente sufrían mucho.

Muy niño para conocer el peligro en que se encontraba, dominado por el sufrimiento, permanecía largos ratos silencioso y abatido.

Pero en cuanto una hora de sueño le daba un aumento de fuerzas, sonreía de

nuevo, jugaba con su pájaro, pedía sus flores, ¡ay! tan escasas entonces como sus momentos de bienestar.

El médico advirtió á Julian la desgracia próxima é inevitable que pesaba sobre ellos, y al entrar aquella tarde en su casa encontró á Marta arrodillada junto á la cuna del niño rezando y escuchando angustiada su apagada y penosa respiración. Se arrojó junto á ella y uniendo con las suyas sus oraciones, se levantó mas animado.

—Padrecito, le dijo el niño que despertó subitamente, hace mucho tiempo que no me llevas al campo y que no he visto el sol.

Julian puso la mano sobre los labios de Marta, próximos á prorrumpir en sollozos y respondió:

—Bien pronto, hijo mio, irás á ver un sol que nunca se oculta y prados donde florecen siempre inmortales flores!

—En seguida, padre, si tu quieres, porque encuentro el techo tan bajo y tan estrecha la habitación!

—Pero tu padre, tu madre y tus hermanos no estarán allí; tardarán algun tiempo en ir á reunirse contigo.

—Entonces esperaré que estéis dispuestos á partir; no quiero dejaros.

Y el niño en cuyos ojos brillaba el fuego de la fiebre volvía á caer sobre la almohada.

Las medicinas eran muy costosas, se necesitaba noche y día tener fuego en la habitación y una buena provision para los hermanos que velaban alternativamente y que sin embargo trabajaban sin descanso.

Los jornales de cuatro personas bas-

taban para hacer frente á todos los gastos; pero era imponiéndose algunas privaciones.

Se llevaban los trajes mas estropeados, y Luisa y Maria, por su propio impulso aunque siempre vestian modestamente renunciaron á gastar nada en ellas.

Francisco se privaba de adquirir libros escritos para instruccion del pueblo, que era su única distraccion.

El dia de Noche-buena, Juanito quiso levantarse; estaba ya bueno, segun decia, sobre las rodillas de su madre, apoyaba su cabecita en el hombro de ésta.

Julian salió por algunos instantes y volvió enseguida trayendo un niño Jesús de cera, pintado de color de rosa con los cabellos rizados, que entregó á su hijo.

—¡Gracias, padre, qué bueno eres, qué niño tan bonito! Exclamó el pobre enfermo.

Todo el dia estuvo abrazado á su niño Jesús, decidior y animado como otras veces y no se cansaba de oír referir á sus hermanos la historia del nacimiento en Belen.

Por la tarde un rayo de esperanza brillaba en todos los semblantes, excepto en el de Marta, á la que su instinto maternal hacia desconfiar de aquella aparente mejoría.

En efecto, la noche fué agitada, la tos convulsiva apenas cesó un instante y por consiguiente el insomnio agotó las pocas fuerzas que al niño quedaban.

Nadie se acostó.

El médico, llamado por Julian mucho antes de amanecer, movió la cabeza y nada prescribió.

Al día siguiente rodeaban la cuna del niño todos los individuos de la familia.

A mediodía un pálido rayo de sol penetró por la ventana y resplandeció sobre la cuna.

El niño quiso hablar; pero ya no tenía voz; extendió sus manitas hacia el rayo de sol; soprió y se durmió para siempre.... ¡Había ido á reunirse con los angeles á los cuales tanto se parecía!

Marta lloró largo tiempo, sobre el pecho de su marido, que encontró para calmar su dolor palabras de fé y de esperanza. Porque habia adquirido la fé con el nacimiento de su hijo y con su muerte la esperanza.

La familia hablaba de él á todas horas; no se olvidaba de ninguna de sus acciones ni palabras; no se borró el recuerdo de su angelical dulzura ni se perdió nunca en ella la práctica de sus virtudes domésticas de que eran acreedores á aquel pequeño ser que lloraban.

Julian y Marta jamas habian tenido entre sí tantas atenciones y cariño, ni los hijos les habian manifestado mayor ternura. Una pequeña cruz de marmol rodeada de flores señalaba el lugar donde reposaba el niño en el cementerio, al que se dirigia la familia todos los domingos.

Poco á poco las lágrimas se agotaron; el recuerdo y la esperanza llenaron el inmenso vacío y la dicha cuyo origen habia sido el nacimiento de un niño liasiado y débil no cesó de habitar en aquella morada á la que Dios le habia enviado para tan poco tiempo.

BALADAS DEL RHIN.

LA MADRE DEL COSACO.

Deja flotar al viento tus cabellos,— madre infortunada! Desgarra tus vestidos!—Sal, corre! En busca del último de tus hijos;—mira de lo alto de la riberal—La batalla se ha dado, allá léjos, en la montaña,—y tu hijo era *hetman* (1) en el ejército de los rebeldes.... —Lo era, y ha caido! y hé aqui que la corriente arastra—lentamente, hácia el mar, su cadáver ensangrentado!

Cual hubiera podido en otro tiempo, compararse á ella,—entre todas las madres de la verde estepa?—Ella tenia tres hijos... Todos han muerto ya,—y en vano busca ahora, la huella de sus tumbas.—Léjos de la tierra natal, fué llamado el primero—á la guerra contra los turcos, cuando el alistamiento general; (2)—él mismo, desde su caballo, mató al Pachá;—pero cayó á su vez y fué á reunirse con él por la muerte.

Y qué merced fué la recompensa de este sacrificio? Un día, en una alegre reunion,—excitado por el funesto estímulo del vino,—su hijo segundo, con una palabra imprudente,—ultrajó el nombre de Catalina;—pronto un oído suspiroz, acogió la delacion de un traidor;—la palabra ligera pesó mas que un asesinato;—y en el fondo de las minas, léjos de la luz del sol,—su cuerpo cargado de

(1) Jefe civil y militar á un mismo tiempo.

(2) La escena pasa, como se vé luego, hácia el año 1775 bajo el reinado de la emperatriz Catalina II, que sostuvo una larga guerra contra Turquía.

cadenas, se consumió en las fatigas y en las privaciones.

Le quedaba todavía uno, el mas joven, el hijo de Doloros;—sus ojos eran azules, flotante su negra cabellera;—tierno niño que, para su corazon maternal, —era al mismo tiempo ajeno y dulce bálsamo.—Se la hubiera podido ver muchas veces, en medio de la noche,—levantarse á la incierta luz de la lámpara,—para contemplar el rostro de su hijo—y dormirse cerca de su lecho.

El creció: sus ojos, claros y brillantes como la aurora,—abrazaban el mundo con una mirada alegre y altiva;—ninguno lanzaba con mas velocidad su caballo,—ninguno manejaba mejor que él la lanza.—Y cuando, por la noche, cantaba una canción delante de las tiendas,—todos guardaban silencio, escuchaban llenos de placer—y aplaudían... Cuántas jóvenes sintieron palpitar—su corazon y llenarse, al oírlo, de lágrimas sus ojos!

De pronto, alzando la bandera de rebelion,—contra el poder y los abusos de la Rusia,—Pougatchef (1) se presenta: la venganza es su mision,—una espada le sirve de cetro,—y á su paso la sangre corre por todas partes.—Los gritos de guerra se extienden pronto,—volando como flechas sobre la verde estepa,—y los útiles y las cadenas—se convierten en hachas de combate.

(1) Pougatchef, aventurero nacido en Simo-veisk sobre el Don, en 1726. Sublevó los cosacos, haciéndose pasar por el emperador Pedro III, muerto diez años antes, y devastó los gobiernos de Astrakan, Orembourg y Mazan. Vencido por el conde Panin, en las márgenes del Volga, fué conducido á Moscou y ejecutado en 1775.

La nueva llegó hasta los oídos de la madre.—y durante dos días permaneció inmóvil, reflexionando en silencio;—pero al tercero, á media noche,—dijo en voz muy baja á su hijo:—«Tu hermano mayor yace en tierra extranjera,—el cuerpo de tu hermano seguido en las profundidades de las minas....»—Ella calló á seguida; el hijo dió un silbido para llamar á su caballo;—habia comprendido á su madre sin mas palabras.

Ella no lloró cuando, á toda brida—su hijo querido, voló de sus brazos, al apuntar la aurora:—ella lo veia ya, en alas de la fama,—ensalzado su nombre por todo el mundo.—El hierro de su lanza se teñia en sangre;—su sable, terrible como el rayo, derribaba las filas enemigas.—Y pronto tambien, muy pronto, en la embriaguez de un triunfo magnifico,—franqueaba los muros sagrados de Moscou.

Pero la voluntad de Dios lo habia dispuesto muy de otra manera!—A lo lejos, en la montaña, se ha oído el rumor de la ardiente batalla,—y he aquí que de repente resuena en la llanura el galopar de los caballos.—Los Cosacos fugitivos la atraviesan en medio de la noche.—«Hemos sido derrotados, vencidos, anonadados! le dicen.—Tu hijo era *hetman* en el ejército rebelde....—Sal de aquí, corre porque las aguas arrastran—lentamente, hácia el mar, su cadaver ensangrentado!»

Ella los escucha y permanece en silencio.... Sus miradas caen—sombrias hácia la tierra, parecidas á estrellas que se eclipsan.—Mas no vacila sinó por un momento,—y se levanta erguida, como si fuera de bronce.—Cuando vuelve la

cabeza,—la vision fugitiva de los cosacos que huyen se ha desvanecido ya;—no se oye mas que el eco lejano del galope de sus caballos, debilitado por la distancia.—y de nuevo queda la inmensa llanura muda y solitaria.

Nada se agita, ningun ruido... Pero del corazon de la madre—un grito desgarrador, se escapa de pronto.—Que eco misterioso de horribles dolores—ha despertado la brusca palabra del fugitivo!—Si Dios hubiese permitido que sus labios—pudieran expresar la horrible agonía de su alma,—la flera de los bosques habria rugido con ella,—y la luna y las estrellas hubieran unido sus clamores á los suyos!

Ya la oscuridad comienza á desvanecerse; el primer rayo del día ilumina,—pálido y tembloroso, su cara.—Ella se levanta, se siente vivir todavía:—no es el sol, es el deber el que la hace volver en sí.—Sal de aquí, corre! Desde la orilla escarpada,—va á acechar el cadáver de su hijo ..—Se acerca, sin duda, y cuando llegue, con sus propias manos,—lo depositará en el seno de la tierra

La muerte es una reina implacable, quién podrá resistirla?—Ni las lágrimas de una madre logran conmoverla.—Pero el mas acerbo dolor se mitiga,—cuando puede arrodillarse sobre la tumba del sér amado.—Allí reposa dulcemente, junto á los sepulcros floridos,—y se calma con las lágrimas y las plegarias ardientes,—cerca de la cruz que acaricia con sus alas aéreas,—el suave soplo de una melancólica esperanza!

Mas ella no tiene este consuelo! Hace mucho tiempo que en tierra extranjera,

—blanquea el sol los huesos sangrientos de su hijo primogénito;—y sobre los del segundo, que yace en el fondo de las minas,—caen tan solo, como lágrimas calladas, las gotas que se escapan lentamente de la piedra.—Volvedte siquiera al mas jóven, aguas queridas,—que él hendió tantas veces con su brazo vigoroso;—traedlo delante de la roca, mecido por vuestra rápida corriente.—Oh! traedlo pronto, traedlo por piedad!

Ella está de rodillas, agachada en el borbe mismo de las ondas;—las aguas mojan su manto flotante;—sus ojos inmóviles sondean la corriente: está en acecho,—como el águila en el pico de la roca que guarda su nido.—Las ondas doradas del rio, brillan y se enrojecen—como si una floresta de rosas se hubiera deshojado sobre ellas:—mas no son los rojos resplandores de la mañana,—es la sangre que han bebido en el campo de batalla.

Pero hé aqui que se aproxima, que llega flotando,—una masa confusa, con prodigiosa rapidez:—las ondas empujan unas á otras, con sordos rumores:—parecen gemir bajo el peso de su horrible carga.—Son armas, estandartes destruzados...—un carcax hendido y vacío,—un escudo abollado y lleno de tajos;—allá un caballo sin silla ni brida....

(Se continuará.)

